

Intervención del Ministro de Cultura,
Armando Hart Dávalos,
en el PCC Provincial de Ciudad de La Habana

MINISTERIO DE CULTURA DE CUBA

Intervención del Ministro de Cultura,
Armando Hart Dávalos,
en el PCC Provincial de Ciudad de La Habana

"La Habana, 13 de enero de 1996
Año del Centenario de la Caída en Combate de Antonio Maceo"

Diseño de portada: Oscar F. Chuyn
Composición: María del Carmen Mesa
Corrección: E. Fernández Reyes

En el último congreso de la UNEAC, Fidel dijo que lo primero que había que salvar era la cultura.

El Partido está integrado por muchos hombres y mujeres que alcanzaron niveles de cultura y puede, pues, asumir plenamente este reto. El propósito de estos encuentros es organizarnos bien para librar una batalla en favor de una cultura como la cubana, que se elevó desde los barracones de esclavos hasta las cumbres del arte más elaborado y del pensamiento social y político más alto.

Las más importantes tareas de la Revolución fueron posibles por la acción masiva del pueblo. Esto desde la salud pública, la educación, hasta las de carácter económico, social y la lucha contra el enemigo imperialista.

Hoy la cuestión es más compleja porque se requiere un esfuerzo integral de todos los eslabones de la sociedad para un trabajo sistemático de masas en los más diversos frentes y porque estos problemas merecen atención altamente especializada, preparación

teórica y análisis históricos. No se trata sólo de un interés teórico. Este tiene validez en la medida que conduzca a orientar la acción práctica inmediata y mediata.

Para todo esto es necesario articular la política con la cultura. Estamos en la obligación de hacer política y apoyar que se haga política. Una inhibición sería desastrosa, porque otros la harán con intenciones perversas o perjudiciales. No debemos permitir que se haga de manera superficial u oportunista, sino a partir de sólidos fundamentos históricos y culturales.

En el pasado, las coyunturas y limitaciones humanas establecieron barreras a la articulación eficaz de la cultura y política cubanas. Los cuadros políticos podían ejercer su trabajo de forma más simple. La realidad de los años 60, 70 y 80 presentaba los enfrentamientos de ideas en blanco y negro. El choque era inmediato y brutal. En los 90 también debemos enfrentar la naturaleza inhumana del imperialismo, que no ha cambiado ni cambiará. Pero la vida se presenta en forma mucho más compleja, con debates y conflictos políticos y culturales.

Estamos, y estaremos más aún en el futuro, relacionándonos con el sistema dominante en el mundo. Para esto tenemos que aprender a pelear con el enemigo y los adversarios situados cerca de nosotros. Hemos peleado a distancia. Ahora tenemos que aprender también a pelear a corta distancia. Cuba no se puede aislar, pero tampoco puede dejarse arrastrar por el caos que prevalece internacionalmente. Lo original de la coyuntura actual está en que la cultura se plantea como una impostergable necesidad política.

La cultura del país posee poder dinamizador y esclarecedor de caminos en los más diversos campos: en el económico, en el social, en el educacional y en el político propiamente. Ha de ponerse de moda una política culta, como la que nos muestra la tradición martiana.

Sobre sus fundamentos podremos presentarnos con imágenes de gran valor en los combates de ideas contemporáneos. Sólo está que sepamos resistir, como ya lo estamos haciendo. El tiempo está a favor de la Revolución.

En los años 80, la Unión de Jóvenes Comunistas realizó un intenso trabajo de agitación, propaganda y divulgación. En la década del 90, los jóvenes y los que ya van llegando a edades maduras deben continuar ese trabajo de agitación, de propaganda, pero a su vez, promover análisis de las raíces culturales de la nación cubana y de su papel en la vida internacional.

La nueva intelectualidad surgió de la población trabajadora. Su vitalidad se medirá por la capacidad que desarrolle para sortear exitosamente las encrucijadas de nuestro tiempo.

Las contradicciones entre identidad, universalidad y civilización, latentes y desplegadas en la contemporaneidad, revelan el perfil de los enfrentamientos clasistas actuales, en cuya esencia se mueve el principio ético de la redención humana, el derecho de los pueblos a no ser oprimidos y la aspiración de combatir la explotación de las clases oligárquicas de las naciones poderosas contra los pueblos y trabajadores sometidos a su dominación.

La explosión creadora, resultado de 37 años de Revolución en la educación y la cultura, lejos de estancarse, se amplía y tiene que contribuir a materializar el sueño martiano de convertir a Cuba en universidad del continente. Esto sólo es posible garantizarlo bajo el aliento y la orientación de nuestra vanguardia comunista.

El diálogo democrático en el seno del pueblo, orientado con rigor hacia el propósito de salvar la Revolución y las conquistas del socialismo, se ha convertido en una exigencia de nuestra política inmediata y mediata.

Hay que dejar atrás los criterios aldeanos y situarse en el plano más profundo de la cultura.

La pujanza de una cultura está en que, a partir de su identidad, muestre capacidad de autorreflexión, de autoanálisis, de defender su proyección social y de insertarse en los procesos de transformación económica y espiritual.

La cultura cubana, que a partir de Varela se gestó con el impulso y la inspiración de abolir la esclavitud y exaltar la independencia nacional, que en La Demajagua se fusionó definitivamente con los intereses de las masas explotadas, que adquirió con Martí un contenido de liberación radical, latinoamericano y universal y que en nuestro siglo se articuló con lo más avanzado del pensamiento socialista, posee suficiente fuerza para enfrentarse a cuantos carriles traten de desarrollar contra nosotros. Y no sólo esto. El problema consiste en que la única forma de defendernos es organizando y promoviendo una contraofensiva que nos

abrace más fuertemente a los pueblos de nuestra América y del mundo e, incluso, que llegue hasta el propio territorio de Estados Unidos, con las ideas del Maestro.

A quienes en Estados Unidos hablan de darle a Cuba el abrazo de la muerte, les respondemos que sólo aceptamos el abrazo de la vida y con la mejor tradición popular y democrática del pueblo de Abraham Lincoln, Martin Luther King y los Pastores por la Paz, y que siempre rechazaremos los males que, desde la época de Martí, empezaban a amenazar la carta de hermosas libertades que un día proclamó la república del Norte.

Importante papel en este empeño tendrá la Casa de las Américas. Para ello también se organiza la Sociedad Cultural José Martí y se hace indispensable la cohesión de toda nuestra intelectualidad artística alrededor de la UNEAC, de la Asociación Hermanos Saíz y de nuestras instituciones culturales. En fin, organicemos el Carril José Martí. Para tan altos propósitos, es imprescindible superar radicalmente los prejuicios que han existido sobre el quehacer artístico y cultural, lo que sólo podrá alcanzarse identificando la cultura cubana con lo más genuinamente popular.

Desde 1959 aprecié la necesidad y posibilidad de una amplia participación popular unida a un empeño pedagógico de rigor, profundidad y cultura. Observé que en la tradición de la escuela cubana estaba viva la síntesis entre el rigor del pensamiento más elaborado y el pensar y sentir de la población. Tuve la convicción de que se abrían enormes posibilidades al desarrollo intelectual y a los intereses populares.

Aprecié que lo culto y lo popular se manifestaban en la evolución espiritual cubana de forma original. Desde Félix Varela esa polaridad fue superada por el pensamiento antiesclavista y la posición patriótica de la intelectualidad del país. La dicotomía que trazó un valladar entre el pueblo y los intelectuales y que sirvió de freno al movimiento espiritual en la república neocolonial había sido ampliamente rebasada por la cultura política y ética de José Martí.

Las investigaciones sociológicas y antropológicas de Fernando Ortiz; el pensamiento estético de Alejo Carpentier; los estudios musicológicos de ambos, los aportes creadores de Roldán y Caturla; la incansable búsqueda de la cubanía del grupo "Orígenes"; la altísima sensibilidad de la poesía de Nicolás Guillén, quien elevó el habla de los explotados a las más altas cumbres de la literatura universal; la creación artística de Wifredo Lam, que resume y recrea valores de tres continentes, muestran una síntesis de cultura y pueblo que aporta una enorme riqueza espiritual y pueden explicar las razones del gigantesco poder de movilización social y política de la cultura del país.

Si analizamos la vida y obra de las figuras más importantes del movimiento cultural cubano de nuestros días, muchas de las cuales se forjaron como artistas e intelectuales en y por la Revolución o a ella se abrazaron desde jóvenes, apreciaremos que la línea esencial de su creación está en la síntesis entre cultura y pueblo, cultura y patria, que viene desde nuestros orígenes, se halla vivo en la evolución espiritual cubana y se proyecta hacia el futuro en estos tiempos finiseculares con la fuerza y riqueza del mensaje martiano.

Al examinar las figuras principales a quines se les han otorgado el Premio Nacional de Literatura instaurado en 1982, observamos que ellas representan la identidad entre lo patriótico, lo cultural y lo popular. Igualmente ocurre con las de la plástica, donde se ha instaurado un premio nacional, y de idéntica manera sucederá con las de música y otras disciplinas cuando lo organicemos.

Pero hay más, esta identidad constituye el elemento clave de la más genuina y pura política cubana. Repasemos las personalidades más sobresalientes de la historia de las ideas políticas en nuestro país y encontraremos que la línea esencial que recorre su historia expresa una síntesis de cultura y pueblo que se afirma en lo medular y perdurable de nuestra evolución espiritual. Todo lo que se acerque a esa línea eleva la creación. Si de alguna forma se distancia, va perdiendo capacidad de imaginación y cultura. Martí y Fidel están en la cúspide porque expresan, en la más alta escala, los valores más profundos del pueblo con la más refinada y elevada cultura.

La política y los métodos y estilos de materializar las ideas revolucionarias presentes en la cultura de la Revolución son parte sustancial de esta tradición. En especial, en cuanto a la cultura artística, las *Palabras a los intelectuales* significaron una gran enseñanza política. Lo que hayamos avanzado se debió a la fidelidad con que se interpretó el mensaje. Lo que hayamos errado tiene su causa en que no siempre se comprendió la sutileza y la esencia política más radical y profunda de aquellas ideas. Pero no hemos cometido errores estratégicos o irre-

versibles. El progreso alcanzado es inmenso y está a la vista de todos.

El gigantesco movimiento de masas que generó la Revolución en la educación me fue decisivo para entender los fundamentos democráticos y populares de nuestra cultura política y social. El contacto con lo mejor de la intelectualidad del país de varias generaciones y con la población, al abordar complejos y sutiles temas del arte, me confirmó que esa política constituía una concepción cubana y socialista.

Analícemos ahora el veneno con que nuestros adversarios pretenden destruir esa cultura.

Han cambiado las reglas de juego del debate de ideas. Debemos elaborar un nuevo diseño, genuinamente democrático y profundamente popular, para abordar los temas de la revolución en el socialismo.

No basta rechazar la propaganda que se mueve en la superficie de las sociedades que llaman postmodernas. Hace falta combatirla dialécticamente denunciando la crisis ética y el caos que revela esa propaganda, la cual tiene sus raíces en los graves conflictos económicos, sociales y culturales que están en el subsuelo. Allí se gesta lo que en otras ocasiones he caracterizado como ciclón postmoderno.

Los exégetas conservadores de la "postmodernidad", han acabado por pervertir las coordenadas que enlazan cultura, ética y desarrollo económico-social. El único modo que tiene la humanidad de evitar una catástrofe ecológica y social es saneando esta relación.

He leído un magnífico libro que me obsequió Mario Benedetti, donde este escritor, gran amigo de Cuba, describe la naturaleza cultural de lo que llaman postmodernidad. Dice Benedetti:

... El pesimismo, es, en cierta manera, una actitud conservadora, autodefensiva, destinada a resguardar lo que ya se tiene; mientras que el optimismo es el gesto primario destinado a alcanzar aquello de que se carece. Quizá por eso la cultura latinoamericana aparece como más vital, más pujante, y así pueda resarcir en parte su falta de refinamiento o de solera. Es perfectamente comprensible que el joven intelectual europeo de hoy (no el de ayer o anteayer, que estuvo por cierto muy enraizado en los temas y problemas de su respectiva sociedad) se sienta seducido por el postmodernismo, con su condición lúdica y versátil [...]

*...el **juego** vende mejor su imagen que el rigor y la austeridad.*

*...En la hipótesis de Freud sobre **ahorro del gasto psíquico**, se considera el humor como un «gasto de sentimiento ahorrado». Y, sin embargo, con todas sus innegables virtudes, lo lúdico es sólo un complemento de lo esencial, un accesorio de la cultura en profundidad.*

El cubano sabe bailar, divertirse, adornarse, y disfruta de los juegos florales. Sin embargo, no reduce

la cultura al adorno y la fiesta. Sería anticultural negar esos deleites en nombre del rigor del pensamiento y de la seriedad con que hay que enfrentar la vida, porque están en la sustancia de la identidad cubana. Pero también se halla en ella una vocación irrenunciable al rigor del pensamiento, y en especial a asumir como deber el compromiso de liberación humana.

La cultura no es algo accesorio a la vida del hombre. Está comprometida con el destino humano y ejerce un papel funcional en la historia. Situada en el sistema nervioso central de las civilizaciones, en ella hacen síntesis los elementos necesarios para la acción, el funcionamiento y la generación de la vida de forma cada vez más amplia.

El egoísmo enlazado con las luchas económicas, sociales y políticas, limitan su capacidad socializadora y la divorcia de los espacios concretos de realización de individuos, grupos y sociedades, lo que conlleva el desmantelamiento de la esencia humana y de las comunidades. Pretenden sacralizar un orden de productores y consumidores, de tecnócratas y empleados, de ejecutivos y funcionarios, mientras millones de hombres viven en la miseria y el desamparo. A pesar de los afeites postmodernos con que se quiere maquillar la realidad, esto revela el drama de un mundo dividido en pobres y ricos, poderosos y miserables, y culturalmente fracturado.

El pragmatismo distancia y fragmenta las diversas categorías de la vida social, sitúa sus variados contenidos en departamentos estancos y obstaculiza sus vasos comunicantes, que son los que le dan valor

revolucionario a la cultura. Ese pragmatismo se revela en el pensamiento tecnocrático. Coloca "el conocimiento de las cosas" como la fuerza motriz de una revolución que llaman postcapitalista. El conocimiento humano es parte esencial de la cultura, pero ella encierra algo más abarcador. Sólo con una visión integral de la misma podremos hacer revolución. Hay que superar la noción pragmática para enriquecer y diversificar los conocimientos y desencadenar las energías necesarias para promover nuestras acciones y, por lo tanto, la voluntad social de la transformación de la realidad. Esto sólo se logra esclarecer filosóficamente a partir del materialismo de Marx y Engels.

Pero si la visión pragmática del capitalismo no le permitió alcanzar la síntesis integradora de la cultura, de la cual deriva su papel funcional de vasto alcance social, aunque sí emplearlo con fines específicos de dominación, manipulación y opresión, en el "socialismo real" una visión aldeana, ingenua y voluntarista impidió situar a la cultura en su perspectiva histórica integradora.

Por esa razón, la primera y más importante autorreflexión de la cultura política cubana consiste en analizar el origen del hecho objetivo de que la interpretación marxista prevaleciente en la segunda mitad del siglo XX sufrió una ruptura definitiva. Superemos las conclusiones erróneas de manuales y diccionarios filosóficos del socialismo real. Podemos acudir a ellos para detectar las raíces ideológicas de una interpretación del marxismo que objetivamente fracasó.

Estudiemos en Engels, Lenin, Mariátegui y Gramsci, en las ideas de Mella, el Che y Fidel, y en la

propia vida del Prometeo de Tréveris, el Marx joven, maduro y viejo, que como una sola y descomunal pieza de la historia de la cultura humana es piedra angular del pensamiento filosófico, económico y social de la Edad Moderna.

En la línea esencial de su obra, desde la década de 1840, del *Manifiesto Comunista* y de las *Tesis sobre Feuerbach* hasta los días en que Engels lo despidió en su tumba, hay un solo Marx de inagotable riqueza cultural, porque nunca pretendió crear un sistema de ideas cerradas, sino claves decisivas para la interpretación y el conocimiento del mundo y su historia. Cualquier lectura o interpretación que hagamos, relacionémosla con los hechos objetivos e inconfundibles de la práctica y la historia.

El marxismo es válido en la medida que se interprete como método de estudio e investigación y como guía para la acción. No tiene conclusiones definitivas e inmutables sobre lo que va concretamente a suceder en la historia del mañana. Es, esencialmente, una llave maestra para abrir las puertas de una época nueva y, a su vez, luz que nos alumbrá para andar por el laberinto accidentado y lleno de obstáculos que representa defender los intereses de los trabajadores en un tiempo histórico en que los altares levantados para exaltar el ideal socialista se vinieron abajo por el peso de errores y crímenes que la historia no perdona.

Hay un principio irrenunciable: defender los intereses de los trabajadores y explotados, y concretamente los de once millones de cubanos y sus descendientes.

Lo acontecido en el campo de la cultura artística y literaria, donde el normativismo estético concibió el llamado "realismo socialista", empobrecedor de formas, contenidos y paradigmas del más rancio conservadurismo, mostró el déficit cultural con que se manejaban las cuestiones más serias. Lo más grave estaba en la subestimación de la herencia cultural de la historia humana, que desembocó en la tergiversación del propio legado filosófico en que se inspiraba la revolución encabezada por Lenin. No pudieron abordar con rigor el papel de la superestructura, de la auténtica espiritualidad, de la voluntad creadora de todos y cada uno de los hombres y privaron al socialismo de la rica e ilimitada capacidad humana de amar y soñar.

La superestructura política, jurídica y cultural fue incapaz de producir los cambios necesarios en favor del socialismo. La acumulación durante décadas de profundas transgresiones éticas se convirtió en un freno para promover un cambio de formas económicas y jurídicas que respondieran a las nuevas necesidades generadas por el crecimiento de las fuerzas productivas que el socialismo había logrado, a pesar de los grandes obstáculos a que se enfrentó, en los 25 años posteriores a la II Guerra Mundial.

Es cierto que el problema era descomunal, para lo que se necesitaba talento e imaginación, que objetivamente la cultura rusa no poseía. El marxismo se generó sobre un presupuesto cultural europeo de más vasto alcance del que disponía Rusia. El socialismo real pasó por alto lo más revolucionario de la cultura europea, es decir, el marxismo.

Engels despidió a Marx subrayando que su descubrimiento había sido extraer de la maleza ideológica la verdad simple de que el hombre necesita, primero, comer, vestir y tener un techo, y luego crear vida espiritual. Esta es una verdad del sentido común. El mérito de Marx fue elevarla a categoría filosófica y superar así el abismo históricamente creado entre lo espiritual y lo material para situar la filosofía con la cabeza hacia arriba y los pies hacia abajo. Pero luego se confundieron las cosas. No se comprendió bien o no se quiso extraer las consecuencias prácticas de otra gran verdad del sentido común: la humanidad no tiene existencia real sin la cultura que ha creado o está en posibilidad de crear, la cual constituye su originalidad en el reino animal. Podemos, pues, reconocer como verdad científica que no sólo de pan vive el hombre, tal como postuló el cristianismo.

Ambas verdades han estado ocultas y desarticuladas por largo tiempo. Sin embargo, sin ellas no hay real existencia humana. Sólo a partir de los descubrimientos de Carlos Marx se puede producir la articulación entre estas dos verdades que anteriormente la filosofía concebía divorciadas.

A partir de sus descubrimientos se pueden hilvanar las más importantes ideas filosóficas y extraer consecuencias prácticas. La primera está en que los valores de la superestructura se deben jerarquizar con idéntica importancia a las necesidades económicas —repito—, con idéntica importancia. El socialismo real no supo hacerlo, cayó en un reduccionismo económico, es decir, en un materialismo vulgar, y acabó perdiendo toda realidad.

Con relación al olvido del papel de los valores y categorías de la superestructura, había alertado Engels en los finales de su vida, cuando insistió en la relación dialéctica de causa y efecto entre base económica y superestructura.

Este esclarecimiento exige una comunicación franca en el seno de las capas intelectuales y de estos con el resto de la población, que sólo se logra con el ejercicio eficaz de la política. Se hace necesario, desde luego, caracterizar a las capas intelectuales como un vasto campo de la población —que en Cuba ha crecido de manera notable— que se ocupa concretamente de realizar su labor a partir de la inteligencia y la cultura.

Intelectual es el que ejerce su oficio donde el peso decisivo está o debe estar en la cultura y la inteligencia. Somos, pues, intelectuales todos los cuadros, especialistas y trabajadores que laboramos en la política, en los aparatos estatales, en las organizaciones sociales, los pedagogos, los artistas, los escritores, los científicos y muchos otros.

El hecho de pertenecer a una capa intelectual no viene dado exclusivamente porque se posean aptitudes y capacidades creadoras, sino porque se tenga por oficio esa función. Que se haga bien o mal es otra cosa, pero el solo hecho de ejercerlo caracteriza a cualquier persona como intelectual. Podrá ser un intelectual de poca efectividad, pero no deja de serlo en el sentido que hablamos. Aquí es donde se torna infinitamente complejo el asunto y mucho más cuando se trata del terreno de la política, donde el profesionalismo y la vocación de servicio público no han tenido, histórica-

mente, una amplia tradición, como sucede, por ejemplo, con el médico y el maestro.

La profesión política exige integralidad, sabiduría, agudeza y ética por ser donde debe producirse la síntesis necesaria para hacer funcionar la sociedad. La política es la que facilita la comunicación en el seno de los diversos estratos intelectuales y de ellos con la población.

Es en la política donde hay que librar la batalla decisiva de carácter intelectual para poder tener una sociedad sana. La política es, en resumen, la práctica de sintetizar el pensamiento social, económico y cultural en general y de aplicarlo en el terreno social.

Tanto entre los intelectuales como en todo el pueblo, hay personas que actúan con vocación de servicio y espíritu creativo y hay personas egoístas que proceden a la inversa. En la práctica, todo está muy mezclado y en el análisis de esta mezcla se encuentra el sentido de una ética política profunda.

La ética, cuyo valor más alto para los cubanos y los socialistas en el mundo es el sentido de la justicia, se ha convertido en una de las cuestiones claves de la política moderna. Obviamente, cuando en el seno de la política se opera con falta de ética, se tiene más poder para imponer el mal. Por eso hay que ser mucho más exigente, en ese campo, con la cuestión ética. De lo contrario, se causarán al país serios problemas. Por demás, no se trata sólo de lo ético en abstracto, sino también de la necesaria capacidad para transmitir un mensaje, para conocer y para hacer conciencia acerca de las mejores ideas.

La cultura no es conciliación oportunista y blandengue, tampoco es capricho o voluntarismo. Es exigencia por lo mejor sobre el fundamento de la inteligencia y el cultivo de los sentimientos. Hay quienes identifican la cultura como opuesto a lo que entendemos por violencia. Este asunto es mucho más sutil de lo que comúnmente se suele creer.

En la idea de la guerra necesaria de Martí se observa una síntesis de elevada cultura y de la necesidad del ejercicio de la violencia para defender los intereses del pueblo. Los maestros saben que la educación no tiene, en todos los casos, que adoptar una sanción que signifique violencia para actuar con rectitud. La autoridad moral que hoy tienen el Partido y la vanguardia comunista del país no necesita emplear la violencia más que contra aquellos que violan las leyes, y esto es también un principio de cultura.

Los que hoy se encuentran en las instituciones científicas, educacionales, culturales y políticas surgieron del pueblo, son aquellas masas de la población que hicieron el mayor esfuerzo por estudiar y superarse. Entre ellos, ocupando un papel en la vanguardia, están los políticos, que tienen la responsabilidad de facilitar la comunicación social en el seno de los intelectuales, y de ellos con toda la población.

Donde por graves errores políticos se interrumpió el nexo o la comunicación de las capas intelectuales, entendidas en su más vasto alcance, y las otras zonas de la población ha significado la muerte de las revoluciones. Hay muchos ejemplos amargos.

Analicemos el asunto a partir de los ejemplos positivos. En el éxito histórico de la política de Martí y Fidel apreciaremos en alta escala esas afirmaciones.

El problema se halla en que estos fenómenos no se mueven sólo en las altas escalas. Es necesario crear y perfeccionar un vasto sistema político que opere y perdure en todas las escalas. Se requiere el eficaz funcionamiento de todos los órganos y entidades que integran ese sistema político, cuyo conjunto es la base a partir de la cual opera el poder revolucionario del pueblo con fundamentos legales que canalizan la democracia participativa.

La composición de nuestro Estado está precisada en la afirmación de Fidel de que lo más importante es que el poder revolucionario pertenece por entero al pueblo trabajador. La Constitución de la República caracteriza y define ese poder. Señala que el Partido Comunista de Cuba es la fuerza dirigente superior que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines comunistas y socialistas. Todo esto fue creado por la Revolución y refrendado por el pueblo en ejemplar plebiscito.

El sistema lo integran también los sindicatos y las organizaciones sociales y de masas, el gobierno, la Asamblea Nacional y todos los órganos y entidades que le están subordinados, desde los Consejos Populares hasta el Consejo de Estado.

No hay en el mundo un sistema político ni una democracia más amplia y representativa de la pobla-

ción que la nuestra. El Partido está en el corazón del mismo. Hay que analizar cómo debe y puede funcionar el corazón. Para esto existen algunas claves esenciales.

Fidel ha señalado que el Partido es el cemento de la sociedad. Todo lo que una a los revolucionarios y al pueblo ayuda al Partido. Todo lo que divide daña al Partido. Raúl ha dicho que el trabajo principal del Partido se refiere a la organización y a la ideología. Todo lo que promueva las ideas martianas y socialistas ayuda al Partido.

El primer elemento organizador de la civilización es el sistema jurídico. Por eso creo que todo lo que ayude al funcionamiento de la juridicidad ayuda al Partido, y todo lo que la entorpezca perjudica al Partido. Las claves se hallan, pues, en el contenido de las siguientes palabras:

cemento,

organización,

juridicidad,

ideas martianas y socialistas

son conceptos que deben estar en el primer punto del orden del día de cualquier análisis político en el seno del Partido.

En el orden práctico e inmediato y para realizar un trabajo que ayude al Partido y la Revolución en el sector cultural, sugiero las siguientes ideas:

—Iniciar un análisis por rama o sector cultural de los temas ideológicos relacionados con la

Este folleto se terminó en enero de 1996 en la
Imprenta CREART

